

Una Pascua de Pentecostés, siendo yo estudiante de Bellas Artes en Londres, tomé la bicicleta y salí de mi habitación en la calle Croom's Hill de camino a la casa de mi tío, que era el vicario de Surrey. Me llevé muy pocas cosas, sólo un pijama, el cepillo de dientes, la brocha y la navaja de afeitar y el peine de marfil blanco crema que me había comprado con un dinero que me había dado mi abuelo. Como le tenía cariño a ese peine, lo envolví con cuidado en el pijama y lo metí con el resto de cosas en la reluciente bolsa negra que llevaba sujeta detrás del sillín.

No le había dicho a mi tía que iba, pero estaba seguro de que sabría encontrarme una habitación en su casa.

Mientras subía a pie la colina de camino al descampado de Blackheath, contemplé una vez más esas bonitas casas viejas, más bien escuálidas, y el pequeño gazebo de ladrillo pulido con esa fecha de finales del siglo XVII y el tosco tejadillo nuevo, y también me fijé en las casas adosadas, hoy convertidas en apartamentos, que tenían cabezas de Medusa esculpidas sobre las puertas. Luego miré al otro lado, donde Greenwich Park, con sus viejos y achaparrados castaños, formaba una loma coronada por el observatorio.

Abajo quedaba la Casa de la Reina, obra de Inigo Jones, y el río serpenteante con la Isla de los Perros en la otra orilla.

El viento soplabla en Blackheath, aplastando los incoloros y brillantes tallos de hierba a ras de suelo. No había enamorado bajo los árboles de Chesterfield Walk a esa hora del día. Me monté en la bicicleta y pedaleé rápido por el descampado hasta zambullirme en Lewisham. Pasé por la torre del reloj y llegué al campanil de una iglesia católica. Sintiendo un poco de curiosidad, decidí bajarme y entrar. Ya había estado dentro dos veces; una con otro estudiante, cuando añadimos, vacilantes, un par de velas a la brillante ofrenda en torno a la Virgen María, y luego salimos asustados ante la visión de un aplicado sacerdote más bien joven de ojos brillantes y zapatos con hebillas. Se nos había acercado, sonriente, para preguntarnos dónde vivíamos. Estando frente a él, me asaltó el temor de haber hecho algo malo. Imaginé que quizá sólo las mujeres embarazadas o deseosas de estarlo podían ponerle velas a la Virgen. La otra vez que había entrado fue en la festividad de algún santo y encontré unas bonitas muchachas con coronas en el pelo que llevaban sobre los hombros una pequeña imagen en un altar cubierto de flores. Lentamente, avanzaban por la iglesia al son de la música del órgano. Yo me hallaba al final de uno de los bancos y la procesión se detuvo cerca de mí. Las muchachas estaban tan cerca que casi podía rozarlas, respiraban hondo, retorciendo un poco los hombros para aliviar el peso del sagrado altar. En sus caras se pintaban expresiones nerviosas que no alcanzaban a ser sonrisas. La procesión me pareció tan hermosa que quise que cruzara las puertas de la iglesia y saliera a la calle donde la gente se agolpaba en torno a los puestos del mercado.

Ahora, al entrar, encontré a dos monjas cubiertas con anchas tocas almidonadas, hincadas de rodillas en una curiosa

postura tirada hacia delante, como si hubiesen sido unos niños malos a los que hubieran castigado obligándoles a «apoyarse en la mesa del profesor». Sus labios se movían y pude oír el ruidito huesudo de sus rosarios. Una vez más, me abrumó una sensación de desconocimiento y de estar donde no debía. Me marché sin atreverme a mojar los dedos en el agua bendita.

Volví a subirme a la bicicleta y crucé bajo el puente del ferrocarril, situado junto a una casa tiznada de hollín estilo reina Ana, y luego pasé por los pequeños y encantadores hospicios, perdidos y minúsculos entre las vallas publicitarias, y los altos bloques nuevos, hasta llegar a la esquina de Catford, donde unas barquitas de colores chocaban entre sí e iban a la deriva en un estanque redondo bajo sauces llorones de aspecto más bien pelado. Entonces doblé a la derecha y enfilé hacia Beckenham.

No estaba acostumbrado a encontrar tráfico, pues normalmente sólo salía en bicicleta cuando estaba de vacaciones en el campo, de modo que me gustó ver lo bien que se me daba lidiar con coches y semáforos. Cuando encontraba algún semáforo en rojo, recordaba lo que había visto hacer a otros ciclistas y me colaba entre enormes camiones y autobuses parados hasta alcanzar la primera fila.

Cerca de Beckenham vi una valla recién pintada que anunciaba té y refrescos junto a una antigua verja. La entrada me hizo preguntarme cómo sería la casa que había dentro de la finca. Decidí pasar y tomarme un café. Avancé por un largo camino que discurría por un parque al que se había dado el uso de campo de golf. Unas siluetas, que parecían muy pequeñas entre las amplias de extensiones de liso verde, se movían solas o en grupitos de dos o tres personas. Tras ellas se perfilaban suaves arboledas a las que una ligera bruma de calor daba un aspecto sedoso y azulado.

El camino me condujo finalmente a la fachada de una mansión del siglo XVIII, con un pórtico de columnas jónicas que llegaban al segundo piso. Bajo el pórtico, había unas hornacinas a ambos lados de la puerta principal destinadas a alojar estatuas. Era una casa hermosa, no muy grande, y me detuve un rato al pie del camino antes de subir los amplios peldaños de piedra y entrar en el oscuro vestíbulo. Sobre mi cabeza, medio perdida entre las sombras, había una galería a la que daban las puertas de los dormitorios. Cruzé el vestíbulo y llegué a lo que en otro tiempo había sido el salón principal. Era una estancia ovalada, con tres grandes ventanas de guillotina que iban del suelo al techo. Los postigos de madera estaban abatidos sobre los gruesos muros a ambos lados de las ventanas y la puerta doble por la que había entrado era de lujosa y gruesa caoba, con un marco de sencilla madera pintada de blanco.

Estropeaban aquel aristocrático salón una barra con recargados samovares y las mesas y sillas de mimbre, los manteles japoneses de crepé y las relucientes placas metálicas que anunciaban refrescos Schweppes y cigarrillos John Players. A excepción de las dos camareras detrás de la barra, no había nadie más en el local. Me senté a una de las mesas pequeñas y pedí un café y unas galletas. Mientras esperaba, miré por la ventana las figuritas de los jugadores de golf, moviéndose frente a los brillantes verdes de los *greenes* y los pálidos tonos rosados de los *bunkers*. Al fijarme en los laterales de las ventanas, descubrí que faltaban algunos de los hermosos pomos de latón de los postigos y que otros estaban rotos. Tuve una sensación de deterioro y pérdida universales. La camarera me trajo el café y luego volvió a retirarse tras la barra y empezó a reírse y cuchichear con su compañera. Me pregunté si se estaría riendo de mí, pero hablaba tan quedo que no pude oír nada.

Me tomé el café y di cuenta de las galletas. No quería almorzar nada más. Largo rato después de terminar la comida, seguía sentado a la mesa, satisfecho en el salón oval, absorbiendo sus detalles por los ojos, mientras pensaba alegremente en mi vida y las vacaciones de Pentecostés que me aguardaban. Pensé en el cuadro que estaba pintando esos días de un capitel corintio con plantas y hierbajos extraños que crecían entre las oquedades. Algunas plantas eran imaginarias, pero otras las había copiado de plantas que había encontrado en el parque de entrenamiento que se extendía detrás de la Escuela de Bellas Artes. Las había arrancado y me las había llevado al estudio de naturalezas muertas, donde las había metido entre los pliegues y volutas del capitel de yeso. Estaba convencido de que ese cuadro sería mejor que cualquier otro que hubiera pintado hasta entonces, y saberlo me hacía sentir bien.

Finalmente me levanté y me fui. Di una última ojeada al salón y luego volví a pasar bajo la galería del vestíbulo hasta salir al pórtico. En mi cabeza bullían planes para restaurar esa casa. Expulsaría sin piedad a las camareras, las pantallas de pergamino y encaje de las lámparas, los muebles de mimbre y la barra de la comida.

Había dejado la bici contra una de las urnas del jardín. La arrastré hasta la grava, volviendo la vista atrás una o dos veces. Entonces me subí a la bici y enfilé por otro ramal del camino hasta llegar a la calle principal.

Eran sólo las primeras horas de la tarde y la bruma de calor parecía bajar cada vez más, brillando sobre la hierba y también sobre los lejanos árboles. Crucé la verja y pedaleé de camino a Bromley. Esperaba llegar a la vicaría a la hora del té. Una vez tuve que consultar el mapa y luego pedir indicaciones. Mientras los coches y camiones pasaban a toda velocidad a mi lado, recordé que mi padre me llamaba «Señorito

Precauciones» cuando era niño, porque el tráfico rodado me daba miedo, y también por las grandes precauciones que me tomaba cuando cruzaba una calle. Pensé que el viaje hasta ese momento había resultado muy llevadero y agradable. Se me ocurrió que había perdido muchas oportunidades al dejar la bicicleta en el campo y no traérmela antes a Londres.

Avanzaba por una larga y ancha recta, junto al arcén, sin mirar atrás ni preocuparme en lo más mínimo por el tráfico...

Oí una voz a través de una nube de dolor y vértigo. La voz me hacía preguntas. Parecía abrirse y cerrarse como un acordeón. Las palabras me llegaron altas y fuertes, como las notas tonantes de un órgano, para luego fundirse en el más diminuto y esquivo caer de una gota en un vaso.

Sabía que estaba tumbado sobre la espalda en la hierba. Notaba los brillantes tallos en el cuello. Miraba el cielo y no podía moverme. Todo en mí parecía estar dando vueltas y rompiéndose. Mi cuerpo entero gritaba de dolor, llenándome la cabeza con su bramido, y mis ojos parecían estar nadando en una especie de mucílago. Espesas nubes de algo que parecía ser una mezcla de tinta y hollín aterciopelado se cernían sin cesar sobre mí, empapándome para luego disiparse. Unos puntitos brillantes refulgían en todo el anverso del hombre líquido de rodillas a mi lado. Supe enseguida que se trataba de un policía y pensé que, dada su responsabilidad oficial, estaba efectuando en mí algún tipo de operación ritual. En mi mente había cierta confusión entre el parto a la vida —fórceps, cordón umbilical, parteras— y la sentencia de muerte —sogas, hachas y máscaras negras—, pero fuera lo que fuese que estuviera sucediendo sentí que a todo el mundo le estaba reservada esa suerte en la hora postrera. Estaba atrapado y no podía escapar de aquella terrible ley natural.

—¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives? ¿Adónde ibas? —me preguntaba el policía. Sentí el espanto en su voz. El espanto hacía que su voz fuera más cruel, dura e impaciente. Me di cuenta de que llevaba largo rato haciéndome esas preguntas y me dije que debía darle las respuestas correctas de una vez, que, si lo intentaba, sería capaz de pensar frases completamente claras y desapasionadas.

Las palabras brotaron de mi boca. Algunas eran levemente incorrectas, otras un poco fantasiosas. Lo sabía, pero notaba que no tenía ningún dominio sobre las palabras y que si trataba de repetirlas con mayor sobriedad ellas se recompondrían en un patrón aún más grotesco.

Y en el instante en que el atribulado policía se agachó para intentar recoger mis palabras, sentí un hervor en mí, algo que bullía y subía. Estaba inundando mi cerebro, golpeándolo, saltando sobre él, destruyéndolo en mil pedazos. La tierra se movía, se elevaba, dejando mis pies en vilo, suspendidos, y mi cabeza muy por debajo. Me asaltaron y ahogaron oleadas de vértigo y negrura...

Ahora era de noche y me parecía estar rodeado de paredes. Una bola de luz lucía a través de una cortina de burda sarga verde. Las tersas sábanas, el pelo del colchón y el peso de las mantas eran un suplicio. Mis ojos se movían veloces, consumiendo la lisura de los pigmentos que cubrían el armario a mi lado, para luego fijarse en las bolitas de algodón adheridas a la sarga de la cortina.

Oí un ruido. Tuve la impresión de que las paredes en torno a mí se tambaleaban y desplazaban, luego se abrió un resquicio y dos enfermeras se acercaron llevando algo que me recordó a un túnel de papel maché para un trenecito de juguete. Era muy grande, pero no tuve ninguna duda sobre su utilidad.

Apartaron la ropa de cama y pusieron ese túnel de juguete sobre mis piernas. Cuando lo hicieron, de pronto me asaltó un recuerdo... Tenía ocho años y estaba paseando con mi madre y una amiga suya. La mujer le decía a mi madre: «Rosalind, esta vez estuve muy tranquila en la enfermería porque me pusieron una cosa en forma de aro para apartar las sábanas...».

Ahora que las enfermeras colocaban firmemente el armatoste sobre la cama, grité: «¡No, no lo quiero! Esas cosas las ponéis solamente a las mujeres para evitar que las sábanas les aprieten las barrigas cuando dan a luz».

Vi que las enfermeras intercambiaban sonrisas cómplices de suficiencia. Era consciente de que había dicho una tontería. Incluso me sentí un poco avergonzado, de modo que dije de nuevo, con una voz más fuerte y desafiante: «No voy a tener un bebé».

Esta vez las dos enfermeras soltaron unas breves risotadas. Extendieron las sábanas sobre el armazón, las doblaron bajo el colchón y dieron media vuelta y se fueron. Mientras volvía a pasar las cortinas, una de ellas me dijo: «Guarda silencio y tranquilízate. Y para de decir esas cosas».

Me dejaron solo, perplejo por la frialdad de sus voces y sus risas. Era desconcertante: era como si me hubieran deshonrado y mis pensamientos estuvieran atrapados en mi cuerpo. Giraban y se retorcían en un dédalo terrible de dolor y calor. Me imaginé bajando por toda la eternidad por un pasillo de metal caliente, golpeándome la cabeza contra las paredes, sin poder escapar jamás.

Traté de convencerme de que esa agonía no era real y que al despertar descubriría que todo había sido una pesadilla. Era demasiado violento y extraordinario para ser verdad, pero enseguida me di cuenta de que sí lo era y que la mentira era dejarse consolar por aquel pensamiento.



La siguiente vez que recuperé el conocimiento vi que las cortinas volvían a moverse. No apareció ninguna enfermera, pero una mano blanca y redondeada se acercó a mí. Al mismo tiempo oí la voz de una de mis tías. Me sorprendió y al momento me dije que debía comportarme cabalmente, con brillantez e inteligencia. La idea de tener una conducta adecuada me obsesionaba.

—¿Eres tú, tía Edith? —pregunté, pues aún no podía ver su cara; era como si estuviera muy lejos, muy por encima de donde me hallaba.

—No hables —me dijo con dulzura, al tiempo que se acercaba y tomaba una de mis manos.

Quise estrechársela pero no me permitió liberar mi mano, que descansaba bajo la suya, y adiviné toda la aflicción e impotencia que se ocultaban bajo sus palabras de consuelo. Aborrecí su tristeza. Deseé que volviera a hablar.

—¿Cómo has venido? ¿Te han traído en coche? —pregunté, aún dominado por la insensata obcecación de mantener una conversación normal.

—Por favor, no hables —dijo de nuevo—. Quédate quieto en la cama y trata de no pensar en nada.

Volvió la cabeza y oí que le murmuraba algo a la enfermera, tras lo cual me dejó solo y vi por un instante los ojos curiosos e inquietos de mi primo, que me miraba por el hueco entre las cortinas. Luego oí sus pasos al marcharse.

Dentro de mí, uno de los dolores comenzó a imponerse a todos los demás. No sabía qué estaba ocurriendo. Cuando no pude soportarlo más, llamé a gritos a las enfermeras, pero eran tan impasibles e inflexibles como unas matronas romanas. Me ordenaron que no me comportara como un crío y que no armase escándalo.

Al fin, una de ellas debió de percatarse de lo que me molestaba, pues partió en busca de un enfermero a uno de los pabellones más alejados del hospital.

Cuando al cabo de un buen rato apareció el hombre con su bata blanca, lo confundí con un doctor.

Le reclamé a gritos que me ayudara.

—No soy doctor, hijo mío —me dijo tranquilo. Dejó entonces la bandeja que llevaba encima del armario y apartó las sábanas que me cubrían.

Recuerdo sentirme abrumado por una sensación de sorpresa e incredulidad cuando vi que me introducía un tubito de goma por la uretra. Me pareció que era algo extraordinario y tuve la impresión de que tal vez debería reprocharle el haberse tomado esas extrañas libertades con mi cuerpo estando yo indefenso. También me pregunté por qué no me asustaba ver que el tubito se hundía cada vez más en mí. Me pareció asombroso que algo pudiera abrirse camino por un canal tan estrecho y delicado.

El alivio, cuando llegó, fue tan enorme que por un instante olvidé todos mis padecimientos y en ese mismo instante amé a ese hombre más que a nadie en el mundo y sentí que nunca podría agradecerle lo suficiente lo que había hecho por mí.

Se sentó en el borde de la cama con las manos en las rodillas, mientras esperaba a que toda la orina se vaciara en la bañera. Rebuscó en uno de los bolsillos de su mono y sacó una colilla. La encendió y se puso a fumar con sumo cuidado, tapando con la mano la brasa y expulsando por la boca unas pequeñas bocanadas de humo.

De pronto caí en la cuenta de que no estaba bien que un enfermero fumase durante el trabajo y que ese en concreto se aprovechaba de las cortinas que rodeaban mi cama. Sentí una enorme antipatía por él. Me sentí estafado y engañado, pues

había dejado de ser el hombre perfecto y ya no podía estarle agradecido con todo mi ser.

Tras unas pocas caladas furtivas más, el enfermero desmochó el cigarrillo y se lo volvió a guardar en el bolsillo. Luego me extrajo el catéter con una agilidad despreocupada que me dejó asombrado. Depositó todo el instrumental sobre la bandeja, lo tapó con un paño y se levantó para irse.

—Buenas noches, muchacho. Ahora te sentirás mejor —dijo.

Miré su cara. Llevaba un bigotito descuidado, de un castaño más bien claro, con algunas canas entreveradas. No parecía joven ni maduro. Tenía una tez de un rojo pardusco. Parecía simpático e indolente, increíblemente indolente, pensé.

Cuando se fue, me quedé tumbado en la cama y traté de ordenar mis ideas. Pero la única imagen que me venía a la mente era el cuadro aterrador de mi cuerpo tendido en la hierba mientras el policía se agachaba junto a mí. Salvo esa pequeña viñeta, no conseguía recordar nada más de lo que había ocurrido tras abandonar aquel viejo caserón.

Mientras contemplaba el resplandor verde de la lámpara, oía las voces quedas, susurrantes, de las enfermeras, sentía las llamaradas sucesivas de hormigueo en mis piernas inmóviles, me pareció que lo ocurrido era algo que había esperado toda la vida. Las enfermeras parecían tomarse mi situación con toda tranquilidad, como si el cambio terrible que había experimentado no las sorprendiera en lo más mínimo. Empecé a pensar que lo más adecuado era no rendirse a la perplejidad ni sentirse perdido, que debía aceptar aquel horror como algo completamente normal.

Las enfermeras volvieron para arreglarme la cama tras la visita de su colega masculino. Conversaban alegremente como si no estuviera presente.

—Enfermera —dije de pronto, dirigiéndome a una de ellas e interrumpiendo su conversación—. Me han atropellado, ¿verdad? —En un instante todo se me hizo evidente.

La enfermera me miró con severidad y asintió con la cabeza, al tiempo que formaba con sus labios la palabra «sí», pero sin pronunciarla en voz alta. Parecía incómoda, como si imaginara que le iba a dirigir toda una retahíla de preguntas embarazosas.

—Intenta dormir —me dijo la otra con brusquedad, para que dejara de hablar.

—Pero, enfermera, ¿no puedo dormirme! —dije, aterrorizado de pronto ante la perspectiva de tener que pasar la noche solo.

—Has de intentarlo.

Era horrible, iban a abandonarme, y tenía las piernas erizadas, me ardían, y no podía moverlas, y de mi cabeza partían oleadas de negro vértigo que podían ahogarme de un momento a otro. Empecé a hablar con las enfermeras como un loco. Les hice preguntas. Les dije cosas. Me reí y sonreí. Y en todo momento supe que me estaban observando y juzgando. No se tomaban en serio nada de lo que les decía.

Y entonces el dolor, como un enorme oso pardo, pareció tomarme entre sus garras. Solté un alarido de pura sorpresa ante el repentino recrudecimiento de su violencia.

—¡Para! —me dijeron las enfermeras al unísono—. Vas a despertar a los demás enfermos. —Parecían muy capaces de asfixiarme si me atrevía a hacer otro ruido.

Seguramente volví a gritar porque todo cuanto puedo recordar es un alarido y un dolor que invadió todo mi cuerpo. El alarido parecía seguir al dolor en su recorrido por todos los miembros de mi cuerpo. Alarido y dolor eran todo cuanto quedaba de mí. Estaba sudando. Todo estaba mojado. Estaba llorando. Echaba saliva por la boca.

En pleno centro del horno que habitaba en mí se dibujó un pensamiento claro como un texto bordado en punto de cruz. Quería dar aviso a las enfermeras, decirlas que nada era real salvo el suplicio. Nadie parecía darse cuenta de que lo único que había en el mundo era el suplicio. La gente no sabía que el suplicio les aguardaba, discreto y paciente.

Sentí que si aguantaba aquel dolor atroz un momento más la piel me reventaría. Era algo poderoso y crecía. Terminaría saliendo a borbotones de la estrechez de mi cuerpo.

Oí unos pasos que se alejaban a toda prisa. Luego, silencio. Una de las enfermeras seguía sujetándome, intentando impedir que me moviera.

Finalmente regresó la otra, con un plato de porcelana y lo que parecía una pequeña pistola o la reproducción en miniatura de un martillo neumático. Se me ocurrió que esos objetos eran tan pequeños y exquisitos que en realidad habían de formar parte de un juego de té para niños, y pensé que en vez de cromo deberían estar hechos de plata.

La enfermera me levantó el brazo y me limpió con un algodón un trocito de piel. Comprendí que quería ayudarme. Imaginé para qué servía la pistola, pero no confiaba en su poder. En mi pensamiento, aún la relacionaba con las pinzas para los azucarillos y los coladores para el té.

Pero tan pronto como me pinchó sin piedad, introduciéndome la aguja con un placer perverso, tuve fe: supe que era magia. Era como la magia de la Bella Durmiente. Exactamente la misma, pensé, asombrado por el parecido. Todo estaba ahí, el pinchazo imprevisto, el venenoso filtro que me deseaba la perdición, a la que seguirían cien años de sueño. Lo sabía aun a pesar del dolor. El dolor no se aplacó en absoluto. Seguía ahí, consumiéndome, pero al cabo de esos cien años de sueño terminaría desapareciendo. Era imposible que el dolor viviera

cien años. Y crecería la maleza y todo cobraría un color gris marmóreo. El polvo depositado sería tan grueso y exquisito al tacto como el molesquín y siempre luciría la luna.